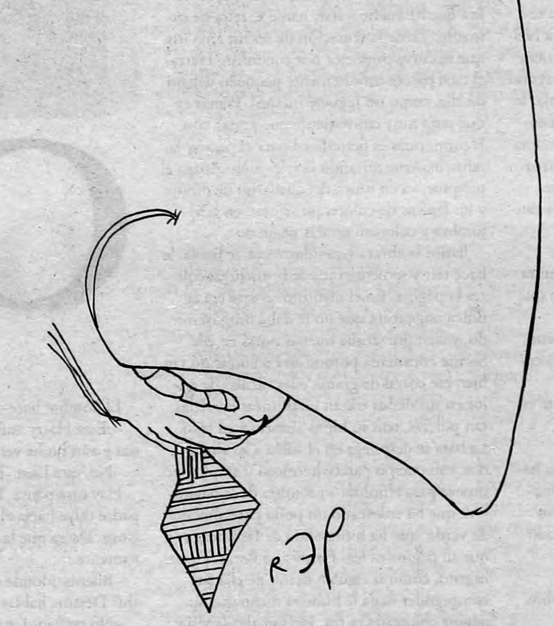


Una tragedia americana

Por Rodrigo Fresán

La desproporcionada atención y recompensa recibida recientemente por el re–escritor Jonathan Franzen y su novela *The Corrections* como paladín y espada de un supuesto reverdecer de la novela "social" norteamericana no hacen más que –terminado este libro que recuerda a tantos otros libros– volver a los ojos a uno de esos escritores que nunca pueden dejar de mirarse y leerse: John Updike.

Y –vamos, seamos sinceros– ¿hay alguna gran novela americana que pueda competir "socialmente" con la saga de Conejo? Las cuatro novelas que tienen como protagonista al basquetbolista frustrado Harry "Rabbit" Angstrom y su reciente coda/nouvelle/post–mortem (*Corre, Conejo, El retorno de Conejo, Conejo es rico, Conejo en paz* y la todavía inédita en español *Rabbit Remembered* incluida como cierre del libro de cuentos *Licks of Love*) salieron a la cancha y comenzaron un partido que viene jugándose a vida y muerte desde 1960 hasta nuestros días comentando, también, ya que estamos, lo que sucede en todos y cada uno de los rincones de ese estadio llamado Estados Unidos.

"El personaje de Harry Rabbit fue para mí un boleto de entrada a esa América que me rodeaba, una especie de reporte en constante trámite del estado de mi héroe y de mi nación. En algún momento, sí, comencé a pensar en una meganovela cuyas diferentes partes irían apareciendo una vez cada diez años y repasando así lo que había ocurrido en los últimos diez años del protagonista y de las personas que lo rodean y lo acorralan", escribió Updike –junto a Roth, el más talentoso y autorizado escritor en actividad a la hora de narrar el modo en que un país afecta a un individuo– en un largo prólogo para la edición ómnibus de las cuatro novelas de Rabbit en la Everyman's Library.

Leídas a lo largo de los años y a medida que iban saliendo –como lo hizo el aquí firmante–, las Décadas de Conejo producían la perturbadora sensación de alguien a quien dejábamos de ver por unos años pero sabíamos volveríamos a encontrar. Todas juntas, una detrás de otra, es como mirar para arriba desde el fondo del Cañón del Colorado: un vértigo de grandes momentos.

Pero, tal vez, el más inolvidable –por terrible– es la muerte accidental de una bebé cerca del final de la primera *Corre, Conejo*. Una suerte de fluido joyceano, una demostración de técnica y sentimiento. Alguien dijo que la única razón para matar a un niño en un libro es hacerlo con maestría. Lo que sigue es prueba cabal de que la hijita de Rabbit y Janice murió por amor al arte y que Updike –el más literario de los escritores de lo cotidiano y perfecto sabedor de que la calma no es otra cosa que una de las muchas formas de la tormenta– es un maestro.

Tiene la sensación de ser un arco iris que se curva protector por encima de Harry, el cual parece infinitamente pequeño debajo de ella, como un juguete infantil.

Corre,

Por John Updike

Va a echar un vistazo a la pequeña, la pobrecilla acostada ahí, husmeando la sábana de la cuna, sus manitas moviéndose a la altura de las orejas, alarga un brazo y acaricia su cabeza cálida y membranosa, levanta el cuerpecillo, que tiene las piernas completamente mojadas y va con ella al sillón que mira hacia la ventana, para darle de mamar. Desde ahí ve el cielo, de un azul pálido y suave que parece pintado en los cristales. No se ve más que el cielo, y podrían estar a miles de metros de altura, en la barquilla de un gran globo. Oye un portazo al otro lado del tabique y el corazón le da un vuelco, pero no es más que otro inquilino, tal vez el viejo señor Cappello, ese que nunca dice una palabra amable a nadie, que sale de su casa para ir al trabajo. La escalera retumba de mala gana, lo cual despierta a Nelson, y durante unos momentos Janice tiene las manos ocupadas. Al preparar el desayuno rompe un vaso lleno de zumo de naranja, le resbala tontamente entre los dedos y se estrella contra el fregadero. Cuando se inclina sobre Nelson para darle sus copos de arroz inflado, el niño la mira y arruga la nariz. Huele la tristeza y ese olor familiar es la causa de su timidez con ella.

–¿Papi se ha ido?

Es tan buen chico... Le hace esa pregunta para facilitarle las cosas, y ella sólo tiene que responderle afirmativamente.

–No, papá ha salido a trabajar temprano, antes de que te levantaras, pero vendrá a cenar como siempre.

El niño la mira cejijunto y luego repite esperanzado:

–¿Como siempre?

La preocupación ha estirado su cabeza hacia arriba, y el cuello parece un tallo demasiado delgado para sostener la esfera de su cráneo con el remolino de pelo desgreñado por la almohada.

–Papá vendrá a casa –insiste ella.

Ha aceptado la carga de la mentira sobre sus hombros y necesita un poco más de whisky para sobrellevarla. Hay una oscuridad en su interior que debe teñir de un color brillante, pues de lo contrario se derrumbará. Lleva los platos a la cocina, pero se le resbalan de tal modo en sus manos que no intenta lavarlos. Piensa que ha de quitarse la bata y ponerse un vestido, sin embargo, durante el trayecto al dormitorio, se olvida de su propósito y empieza a hacer la cama. Sin embargo, algo cuya presencia cree notar en las sábanas arrugadas le asusta, retrocede y va a la otra habitación para estar con los niños. Es como si al decirles que Harry volverá como de costumbre hubiera atraído un fantasma que ahora está en el apartamento. Pero esa persona invisible no parece ser Harry, sino un asaltante, un ladrón que se burla yendo de una habitación a otra por delante de ella.

Cuando levanta al bebé nota de nuevo que tiene las piernas mojadas y piensa en cambiarle, pero se da cuenta de que está borracha y podría pincharle con los imperdibles. Está orgullosa por ser tan precavida a pesar de su estado y se dice que debe olvidarse de la botella para que dentro de una hora pueda cambiar al bebé. Deja en su cuna a la buena de Becky y tiene la inmensa suerte de no oírla llorar ni una sola vez. Entonces se sienta con Nelson y miran el final de la serie de Dave Garroway y luego un programa de Elizabeth y su marido, los cuales atienden a un amigo de éste que, como es soltero, siempre está de camping y resulta que es mejor cocinero que Elizabeth. Por algún motivo este programa la pone tan nerviosa que, sólo por el hábito adquirido al mirar la televisión, va a la cocina y se sirve un traguito, casi todo hielo, sólo para mantener herméticamente cerrado el gran agujero que amenaza con volver a abrirse en su interior. Toma un sorbito y es como un trago de luz azul que lo aclara todo. Tiene que arquearse por encima de esa pequeña brecha y al final de la jornada, después del trabajo, Harry regresará y nadie sabrá que ha vuelto a irse, nadie se reirá de su madre. Tiene la sensación de ser un arco iris que se curva protector por encima de Harry, el cual parece infinitamente pequeño debajo de ella, como un juguete infantil. Piensa en que sería muy conveniente que jugara con Nelson, pues es perjudicial para él pasarse la santa mañana mirando la televisión. Apaga el receptor, va en busca del cuaderno de dibujo y los lápices de colores, se sientan en la alfombra y colorean sendas páginas.

Janice le abraza repetidas veces, le habla, le hace reír y se siente muy feliz mientras colorea la página. En el instituto, el arte era la única asignatura que no le daba ningún miedo, y siempre sacaba buenas notas en ella. Sonríe encantada porque está coloreando tan bien ese corral de granja y las varillas de color en sus dedos trazan unas líneas paralelas tan pulcras, con su hijito absorto a su lado. La bata se despliega en el suelo a su alrededor y su cuerpo parece hermoso y amplio. Se mueve para eliminar su sombra de la página y ve que ha coloreado un pollo parcialmente de verde, que ha sobresalido de las líneas y que su página es fea. Empieza a llorar. Es tan injusto, como si alguien detrás de ella sin comprender nada le hubiera dicho que su página coloreada es fea. Nelson alza la vista; su ancha cara se desliza hacia ella y grita:

–¡No, mami, no!

Ella se dispone a recibirle en su regazo, pero en vez de aguardar a que lo haga, se levanta y corre con pasos sesgados, casi como una lisiada, al dormitorio, cae al suelo y patalea.

Se levanta del suelo con una sonrisa serena y va a la cocina, donde cree que ha dejado el vaso. Lo importante es completar el arco hasta el final de la jornada, ser una protección para Harry, y es una tontería no tomar ese otro sorbo que le proporcionará suficiente longitud para cubrir a su marido. Sale de la cocina y grita a Nelson:

–Mamá ha dejado de llorar, cariño. Era una broma. Mamá no está llorando, mamá es muy feliz y te quiere muchísimo.

El niño la mira con su carita restregada y manchada. Suena el teléfono, como una puñalada por la espalda. Conservando todavía esa calma, ella responde.

–¿Diga?

–¿Eres tu, cariño? Soy papá.

–¡Oh, papá! –La alegría sale como un torrente de sus labios.

El hombre hace una pausa.

–¿Está Harry enfermo? Son las once pasadas y aún no ha venido a trabajar.

–No, está bien. Todos estamos bien.

Hay otra pausa. El amor que siente por su padre fluye hacia él a través del cable silencioso. Desea que la conversación dure eternamente.

–Bueno, ¿dónde está? –pregunta él–. ¿Está ahí? Déjame hablar con él, Janice.

–No está aquí, papá. Salió esta mañana temprano.

–¿Adónde ha ido? No se ha presentado a trabajar.

El trabajo en el centro de venta de coches usados... Cuántas veces ha oído a su padre hablar de esa ocupación, entusiasmado, como si todo el mundo se concentrara en ella. Todas las buenas cosas de su infancia y adolescencia procedían de ahí, sus ropas, sus juguetes, su casa. Se siente inspirada. Es una cosa que conoce a fondo.

–Salió temprano, papá, para enseñar una camioneta a un posible cliente que sólo podía recibirle antes de salir a trabajar. Espera, déjame pensar... Dijo que ese hombre tenía que ir a Allentown a primera hora. Sí, él tenía que ir a Allentown y Harry tenía que enseñarle la camioneta. Todo va bien, papá. A Harry le encanta su trabajo.

La tercera pausa es la más larga.

–Cariño..., ¿seguro que no está ahí?

–No seas ridículo, papá. No está aquí. ¿Ves?

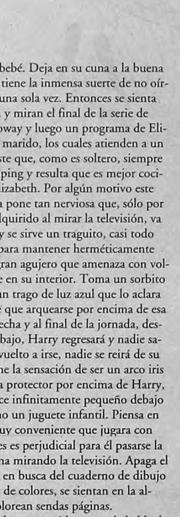
Como si el teléfono tuviera ojos, lo mueve delante de ella en el aire de la sala vacía. No es más que la broma descarada de una hija, pero inesperadamente el mero hecho de extender el brazo le causa mareo. Cuando vuelve a llevarse el aparato al oído, la voz de su padre suena lejana y metálica.

–... querida. De acuerdo. No te preocupes por nada. ¿Están los niños contigo?

Cuelga el teléfono, sintiéndose aturdida. Esto es un error, pero cree que, en general, ha sido bastante inteligente. Piensa que se merece un trago. El líquido marrón se derrama sobre los humeantes cubitos de hielo y no se detiene cuando ella se lo ordena. Cierra la botella con brusquedad y saltan unas gotas al fregadero. Con el vaso en la mano va al baño y sale con las manos vacías y un sabor a dentífrico en la boca. Recuerda que se ha mirado en el espejo y arreglado el pelo, y luego se ha lavado los dientes con el cepillo de Harry.

De repente se sorprende a sí misma preparando el almuerzo, como si estuviera hojeando una revista y viera un anuncio de comida. Unas tiras de *bacon* chisporrotean en una sartén en el extremo de un enorme brazo azul. Ve los chisporroteos de grasa que vuelan como la hermosa rociada de una fuente en un parque, y se pregunta qué rapidez tendrán sus arcos que punzan su mano en el mango. Apaga la llama azulada del gas. Llena un vaso de leche para Nelson, arranca unas hojas de lechuga, las pone en una fuente de plástico amarillo, se come un puñado de ellas. Piensa que no pondrá cubierto para ella y al instante cambia de parecer, porque quizás ese temblor en su estómago se deba al

Tiene la sensación de ser un arco iris que se curva protector por encima de Harry, el cual parece infinitamente pequeño debajo de ella, como un juguete infantil.



El agua envuelve sus antebrazos como dos grandes manos. Bajo sus ojos el bebé rosado se hunde como una piedra gris.

Corre, Conejo

Por John Updike

Va a echar un vistazo a la pequeña, la pobrecilla acostada ahí, husmeando la sábana de la cuna, sus manitas moviéndose a la altura de las orejas, alarga un brazo y acaricia su cabeza cálida y membranosa, levanta el cuerpecillo, que tiene las piernas completamente mojadas y va con ella al sillón que mira hacia la ventana, para darle de mamar. Desde ahí ve el cielo, de un azul pálido y suave que parece pintado en los cristales. No se ve más que el cielo, y podrían estar a miles de metros de altura, en la barquilla de un gran globo. Oye un portazo al otro lado del tabique y el corazón le da un vuelco, pero no es más que otro inquilino, tal vez el viejo señor Cappello, ese que nunca dice una palabra amable a nadie, que sale de su casa para ir al trabajo. La escalera retumba de mala gana, lo cual despierta a Nelson, y durante unos momentos Janice tiene las manos ocupadas. Al preparar el desayuno rompe un vaso lleno de zumo de naranja, le resbala tontamente entre los dedos y se estrella contra el fregadero. Cuando se inclina sobre Nelson para darle sus copos de arroz inflado, el niño la mira y arruga la nariz. Huele la tristeza y ese olor familiar es la causa de su timidez con ella.

–¿Papi se ha ido?

Es tan buen chico... Le hace esa pregunta para facilitarle las cosas, y ella sólo tiene que responderle afirmativamente.

–No, papá ha salido a trabajar temprano, antes de que te levantaras, pero vendrá a cenar como siempre.

El niño la mira cejijunto y luego repite esperanzado:

–¿Como siempre?

La preocupación ha estirado su cabeza hacia arriba, y el cuello parece un tallo demasiado delgado para sostener la esfera de su cráneo con el remolino de pelo desgreñado por la almohada.

–Papá vendrá a casa –insiste ella.

Ha aceptado la carga de la mentira sobre sus hombros y necesita un poco más de whisky para sobrellevarla. Hay una oscuridad en su interior que debe teñir de un color brillante, pues de lo contrario se derrumbará. Lleva los platos a la cocina, pero se le resbalan de tal modo en sus manos que no intenta lavarlos. Piensa que ha de quitarse la bata y ponerse un vestido, sin embargo, durante el trayecto al dormitorio, se olvida de su propósito y empieza a hacer la cama. Sin embargo, algo cuya presencia cree notar en las sábanas arrugadas le asusta, retrocede y va a la otra habitación para estar con los niños. Es como si al decirles que Harry volverá como de costumbre hubiera atraído un fantasma que ahora está en el apartamento. Pero esa persona invisible no parece ser Harry, sino un asaltante, un ladrón que se burla yendo de una habitación a otra por delante de ella.

Cuando levanta al bebé nota de nuevo que tiene las piernas mojadas y piensa en cambiarle, pero se da cuenta de que está borracha y podría pincharle con los imperdibles. Está orgullosa por ser tan precavida a pesar de su estado y se dice que debe olvidarse de la botella para que dentro de una hora pueda cambiar al bebé. Deja en su cuna a la buena de Becky y tiene la inmensa suerte de no oírla llorar ni una sola vez. Entonces se sienta con Nelson y miran el final de la serie de Dave Garroway y luego un programa de Elizabeth y su marido, los cuales atienden a un amigo de éste que, como es soltero, siempre está de camping y resulta que es mejor cocinero que Elizabeth. Por algún motivo este programa la pone tan nerviosa que, sólo por el hábito adquirido al mirar la televisión, va a la cocina y se sirve un traguito, casi todo hielo, sólo para mantener herméticamente cerrado el gran agujero que amenaza con volver a abrirse en su interior. Toma un sorbito y es como un trago de luz azul que lo aclara todo. Tiene que arquearse por encima de esa pequeña brecha y al final de la jornada, después del trabajo, Harry regresará y nadie sabrá que ha vuelto a irse, nadie se reirá de su madre. Tiene la sensación de ser un arco iris que se curva protector por encima de Harry, el cual parece infinitamente pequeño debajo de ella, como un juguete infantil. Piensa en que sería muy conveniente que jugara con Nelson, pues es perjudicial para él pasarse la santa mañana mirando la televisión. Apaga el receptor, va en busca del cuaderno de dibujo y los lápices de colores, se sientan en la alfombra y colorean sendas páginas.

Janice le abraza repetidas veces, le habla, le hace reír y se siente muy feliz mientras colorea la página. En el instituto, el arte era la única asignatura que no le daba ningún miedo, y siempre sacaba buenas notas en ella. Sonríe encantada porque está coloreando tan bien ese corral de granja y las varillas de color en sus dedos trazan unas líneas paralelas tan pulcras, con su hijito absorto a su lado. La bata se despliega en el suelo a su alrededor y su cuerpo parece hermoso y amplio. Se mueve para eliminar su sombra de la página y ve que ha coloreado un pollo parcialmente de verde, que ha sobresalido de las líneas y que su página es fea. Empieza a llorar. Es tan injusto, como si alguien detrás de ella sin comprender nada le hubiera dicho que su página coloreada es fea. Nelson alza la vista; su ancha cara se desliza hacia ella y grita:

–¡No, mami, no!

Ella se dispone a recibirle en su regazo, pero en vez de aguardar a que lo haga, se levanta y corre con pasos sesgados, casi como una lisiada, al dormitorio, cae al suelo y patalea.

Se levanta del suelo con una sonrisa serena y va a la cocina, donde cree que ha dejado el vaso. Lo importante es completar el arco hasta el final de la jornada, ser una protección para Harry, y es una tontería no tomar ese otro sorbo que le proporcionará suficiente longitud para cubrir a su marido. Sale de la cocina y grita a Nelson:

–Mamá ha dejado de llorar, cariño. Era una broma. Mamá no está llorando, mamá es muy feliz y te quiere muchísimo.

El niño la mira con su carita restregada y manchada. Suena el teléfono, como una puñalada por la espalda. Conservando todavía esa calma, ella responde.

–¿Diga?

–¿Eres tu, cariño? Soy papá.

–¡Oh, papá! –La alegría sale como un torrente de sus labios.

El hombre hace una pausa.

–¿Está Harry enfermo? Son las once pasadas y aún no ha venido a trabajar.

–No, está bien. Todos estamos bien.

Hay otra pausa. El amor que siente por su padre fluye hacia él a través del cable silencioso. Desea que la conversación dure eternamente.

–Bueno, ¿dónde está? –pregunta él–. ¿Está ahí? Déjame hablar con él, Janice.

–No está aquí, papá. Salió esta mañana temprano.

–¿Adónde ha ido? No se ha presentado a trabajar.

El trabajo en el centro de venta de coches usados... Cuántas veces ha oído a su padre hablar de esa ocupación, entusiasmado, como si todo el mundo se concentrara en ella. Todas las buenas cosas de su infancia y adolescencia procedían de ahí, sus ropas, sus juguetes, su casa. Se siente inspirada. Es una cosa que conoce a fondo.

–Salió temprano, papá, para enseñar una camioneta a un posible cliente que sólo podía recibirle antes de salir a trabajar. Espera, déjame pensar... Dijo que ese hombre tenía que ir a Allentown a primera hora. Sí, él tenía que ir a Allentown y Harry tenía que enseñarle la camioneta. Todo va bien, papá. A Harry le encanta su trabajo.

La tercera pausa es la más larga.

–Cariño..., ¿seguro que no está ahí?

–No seas ridículo, papá. No está aquí. ¿Ves?

Como si el teléfono tuviera ojos, lo mueve delante de ella en el aire de la sala vacía. No es más que la broma descarada de una hija, pero inesperadamente el mero hecho de extender el brazo le causa mareo. Cuando vuelve a llevarse el aparato al oído, la voz de su padre suena lejana y metálica.

–... querida. De acuerdo. No te preocupes por nada. ¿Están los niños contigo?

Cuelga el teléfono, sintiéndose aturdida. Esto es un error, pero cree que, en general, ha sido bastante inteligente. Piensa que se merece un trago. El líquido marrón se derrama sobre los humeantes cubitos de hielo y no se detiene cuando ella se lo ordena. Cierra la botella con brusquedad y saltan unas gotas al fregadero. Con el vaso en la mano va al baño y sale con las manos vacías y un sabor a dentífrico en la boca. Recuerda que se ha mirado en el espejo y arreglado el pelo, y luego se ha lavado los dientes con el cepillo de Harry.

De repente se sorprende a sí misma preparando el almuerzo, como si estuviera hojeando una revista y viera un anuncio de comida. Unas tiras de *bacon* chisporrotean en una sartén en el extremo de un enorme brazo azul. Ve los chisporroteos de grasa que vuelan como la hermosa rociada de una fuente en un parque, y se pregunta qué rapidez tendrán sus arcos que punzan su mano en el mango. Apaga la llama azulada del gas. Llena un vaso de leche para Nelson, arranca unas hojas de lechuga, las pone en una fuente de plástico amarillo, se come un puñado de ellas. Piensa que no pondrá cubierto para ella y al instante cambia de parecer, porque quizás ese temblor en su estómago se deba al hambre, coge otra fuente y se queda inmóvil, sosteniéndola con ambas manos y preguntándose por qué su padre tenía tal seguridad de que Harry estaba en casa. Hay otra persona en el apartamento, pero sabe que no es Harry y, de todos modos, esa persona no tiene nada que hacer aquí, decide hacerle caso omiso y sigue preparando el almuerzo con cierta rigidez en el cuerpo. Se aferra a cada cosa hasta que queda instalada en la mesa.

Nelson dice que el *bacon* está grasiento, vuelve a preguntar si papá se ha ido y su queja por el *bacon* que ella ha frito con tanta maña y valentía en el estado en que se encuentra la irrita tanto que, tras la vigésima negativa del pequeño a comer siquiera una hoja de lechuga, le da una bofetada. El estúpido crío ni siquiera puede llorar, se limita a seguir sentado mirándola con la respiración entrecortada, hasta que por fin da rienda suelta a las lágrimas. Por entonces ella domina ya la situación, está muy serena, ve lo irrazonable de la conducta del niño y se niega a dejarse avasallar. Con la suavidad de una ola grande aislada, le prepara el biberón, le coge de la mano, le vigila mientras hace pipí y le acuesta. Todavía tembloroso tras el llanto, el pequeño aferra la tetina con la boca y ella está segura, por su mirada vidriosa, de que ya ha entrado en el canal del sueño. Permanece al lado de la cama, sorprendida de su propia severidad.

El teléfono vuelve a sonar, más insistente que la vez anterior, y cuando corre a cogerlo, porque no quiere que el timbre turbe el sueño de Nelson, nota que su fuerza disminuye y un sabor rancio impregna el fondo de su garganta.

–¿Diga?

–Janice –es la voz de su madre, áspera y contenida–. He estado comprando en Brewer y al volver he sabido que tu padre ha tratado de localizarme toda la mañana. Cree que Harry ha vuelto a irse. ¿Es cierto?

Janice cierra los ojos y dice:

–Ha ido a Allentown.

–¿Qué ha de hacer ahí?

–Va a vender un coche.

–No seas tonta, Janice. ¿Estás bien?

–¿Qué quieres decir?

–¿Has estado bebiendo?

–¿Bebiendo qué?

–Oye, no te preocupes, ahora mismo voy a verte.

–No lo hagas, mamá. Todo va bien. Nelson ha empezado a hacer la siesta.

–Sacaré algo de la nevera para comer y vendré enseguida. Acuéstate.

–Mamá, por favor, no vengas.

–No me contestes, Janice. ¿Cuándo se marchó?

–No vengas, mamá. Volverá esta noche –escucha y añade–: Y deja de llorar.

–Sí, dices que deje de llorar cuando no haces más que degradarnos a todos. La primera vez pensé que él tenía toda la culpa, pero ya no estoy segura, ¿me oyes? Ya no estoy tan segura.

Estas palabras han aumentado tanto la pendiente por la que Janice se deslizaba hacia la náusea que se pregunta si puede seguir sosteniendo el teléfono.

–No vengas, mamá –le ruega–, por favor.

–Comeré un poco y dentro de veinte minutos estaré ahí. Vete a la cama.

Janice cuelga el aparato y mira a su alrededor horrorizada. El apartamento está en horribles condiciones; los cuadernos de colorear y vasos, en el suelo, la cama sin hacer, platos sucios por todas partes. Corre al lugar donde ella y Nelson coloreaban e intenta agacharse, pero cae de rodillas y en ese momento el bebé empieza a llorar. Presa del pánico, con la doble idea de no molestar a Nelson y ocultar la ausencia de Harry, corre a la cuna y cree sufrir una pesadilla al encontrarla embadurnada de excremento anaranjado.

–Maldita, maldita seas –le dice gimiendo a Rebecca, levanta el sucio cuerpecillo y se pregunta adónde va a llevarla. La coloca sobre el sillón y, mordiéndose los labios, quita los imperdibles del pañal–. Ah, estás llena de mierda –murmura, sintiendo que el sonido de su voz mantiene a distancia a la otra persona invisible en la habitación.

Lleva el pañal empapado y sucio al baño, lo deja caer en el lavabo, se arrodilla y, tras unas torpes tentativas, cierra el desagüe de la bañera con el tapón. Abre ambos grifos al máximo, sabiendo por experiencia que así obtendrá una mezcla de agua tibia. Los chorros de agua golpean el suelo de la bañera como puños. Repara en el vaso de whisky aguado que dejó sobre el lavabo y toma un largo trago de líquido rancio. Entonces se pregunta, desconcertada, cómo ponerlo fuera de su alcance. Entretanto, Rebecca llora como si tuviera suficiente conocimiento para saber que está sucia. Janice va hacia ella con el vaso en la mano, lo deja a su lado y, mientras quita a la niña la camiseta y el jersey, lo derriba con la rodilla y vierte el líquido en la alfombra. Lleva las prendas empapadas al televisor y las deja encima, se arrodilla e intenta meter de nuevo los lápices de colores en su caja. Le duele la cabeza de tanto agacharse y levantarse. Lleva los lápices a la mesa de la cocina y tira el *bacon* y la lechuga a la bolsa de papel bajo el fregadero, pero la boca de la bolsa está inclinada y parcialmente cerrada y la lechuga cae detrás, en la oscuridad al fondo del cubo. Con la cabeza latiéndole dolorosamente, se agacha para tratar de verla o cogerla con los dedos, pero no lo consigue. Le escuecen las rodillas de tanto arrodillarse. Abandona el intento y se sorprende a sí misma sentándose en una silla de la cocina y mirando las chillonas y blandas puntas de los lápices de colores que sobresalen de la caja de Crayola. Esconde el whisky. Su cuerpo permanece inmóvil un instante, pero cuando se mueve ve sus manos con las tenues líneas de excremento en las uñas, deja la botella de whisky en un armario más bajo, junto a unas camisas viejas de Harry que guardaba para trapos, él nunca se ponía una camisa remendada, claro que ella tampoco era mañosa para hacer remiendos. Cierra la puerta, pero sólo golpea sin que el pestillo enganche, y en el borde del linóleo al lado de la pila el tapón de corcho de la botella de whisky la mira como un minúsculo sombrero de copa. Lo echa al cubo de la basura. Ahora la cocina está bastante limpia. En la sala de estar, Rebecca está desnuda, tendida en el sillón, con el vientre hinchado y de costado para chillar, sus piernecitas curvas apretadas y enrojecidas. El otro bebé de Janice fue varón y aún le parece poco natural ver entre las piernas de la niña esos dos montículos de grasa en vez de las tres piezas de un niño (cuando el médico circuncidó a Nelson, Harry no estuvo de acuerdo, a él no se lo hicieron y no le parecía natural, ella se rió al verle tan furioso). La cara del bebé enrojece a cada berrido y Janice cierra los ojos y piensa en lo horrible que verdaderamente es que su madre venga y le amargue el día sólo para asegurarse de que ella ha vuelto a perder a Harry. No puede esperar ni un minuto para averiguarlo, y las prendas sucias están encima del televisor. Las lleva al baño, las echa en el lavabo encima del pañal y cierra los grifos. La ondulante línea gris del agua casi llega al borde de la bañera. En la superficie se desplazan rápidas arrugas y por debajo aguarda una masa profunda e incolora. Ojalá pudiera darse un baño. Completamente serena, regresa a la sala. Tiene que inclinarse demasiado para alzar el cuerpecillo del sillón, así que vuelve a arrodillarse, coge a Rebecca en brazos y la lleva al baño, sosteniéndola de costado contra su pecho. Se siente orgullosa de llevar a cabo todo esto, pues por lo menos la niña estará limpia cuando llegue su madre. Se arrodilla con cuidado ante la gran bañera de agua inmóvil, y lo último que espera es que se le empapen las mangas. El agua envuelve sus antebrazos como dos grandes manos. Bajo sus ojos el bebé rosado se hunde como una piedra gris.

Con un sollozo de protesta, hunde las manos para coger a la niña, pero el agua las empuja hacia arriba, las mangas de la bata tienden a flotar y el cuerpo resbaladizo serpentea en la opacidad repentina. Por un instante cree agarrarla, nota un latido de corazón en el pulgar, pero la pierde y la superficie del agua salta con pálidas formas oblongas refractadas cuyo sólido ella no puede asir. Es sólo un instante, pero un instante que se dilata en un tiempo más denso. Entonces recoge a Becky y todo se normaliza. Alza a la criatura y la estrecha contra su pecho empapado. El agua se desprende de ambas y moja las baldosas del baño. El liviano cuerpecillo cae pesadamente contra su cuello y una rápida mirada de alivio al rostro del bebé hace sonar la alarma y produce en Janice una impresión abrumadora. Recuerda vagamente cómo se practica la respiración artificial y sus brazos mojados y fríos aprietan frenética y rítmicamente a la niña. Bajo sus párpados cerrados aparecen grandes plegarias escarlatas, silentes, monótonas, y le parece aferrarse a las rodillas de una vasta tercera persona cuyo nombre, Padre, Padre, se descarga sobre su cabeza como golpes físicos. Aunque su alocado corazón baña de rojo el universo, ninguna chispa enciende el espacio entre sus brazos. A pesar de sus plegarias torrenciales no percibe el menor atisbo de respuesta en la oscuridad contra ella. La sensación de esa tercera persona presente se intensifica de un modo enorme, y sabe, sabe, mientras oye que llaman a la puerta, que lo peor que puede ocurrirle a cualquier madre del mundo le ha ocurrido a ella.

De *Corre, Conejo* (Tusquets). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com



El agua envuelve sus antebrazos como dos grandes manos. Bajo sus ojos el bebé rosado se hunde como una piedra gris.

Conejo

ambre, coge otra fuente y se queda inmóvil, sosteniéndola con ambas manos y preguntándose por qué su padre tenía tal seguridad e que Harry estaba en casa. Hay otra perso- en el apartamento, pero sabe que no es arry y, de todos modos, esa persona no tie- nada que hacer aquí, decide hacerle caso miso y sigue preparando el almuerzo con erta rigidez en el cuerpo. Se aferra a cada sa hasta que queda instalada en la mesa. Nelson dice que el *bacon* está grasiento, elve a preguntar si papá se ha ido y su que- por el *bacon* que ella ha frito con tanta aña y valentía en el estado en que se en- entra la irrita tanto que, tras la vigésima egativa del pequeño a comer siquiera una oja de lechuga, le da una bofetada. El estú- do crío ni siquiera puede llorar, se limita a guir sentado mirándola con la respiración ntrecortada, hasta que por fin da rienda elta a las lágrimas. Por entonces ella domi- ya la situación, está muy serena, ve lo razonable de la conducta del niño y se nie- a dejarse avasallar. Con la suavidad de una a grande aislada, le prepara el biberón, le ge de la mano, le vigila mientras hace pipí e acuesta. Todavía tembloroso tras el llan- , el pequeño aferra la tetina con la boca y a está segura, por su mirada vidriosa, de e ya ha entrado en el canal del sueño. Per- anece al lado de la cama, sorprendida de su opia severidad.

El teléfono vuelve a sonar, más insistente e la vez anterior, y cuando corre a cogerlo, rque no quiere que el timbre turbe el sue- de Nelson, nota que su fuerza disminuye y un sabor rancio impregna el fondo de su garganta.

–¿Diga?

–Janice –es la voz de su madre, áspera y contenida–. He estado comprando en Brewer y al volver he sabido que tu padre ha tratado de localizarme toda la mañana. Cree que Harry ha vuelto a irse. ¿Es cierto?

Janice cierra los ojos y dice:

–Ha ido a Allentown.

–¿Qué ha de hacer ahí?

–Va a vender un coche.

–No seas tonta, Janice. ¿Estás bien?

–¿Qué quieres decir?

–¿Has estado bebiendo?

–¿Bebiendo qué?

–Oye, no te preocupes, ahora mismo voy a verte.

–No lo hagas, mamá. Todo va bien. Nelson ha empezado a hacer la siesta.

–Sacaré algo de la nevera para comer y vendré enseguida. Acuéstate.

–Mamá, por favor, no vengas.

–No me contestes, Janice. ¿Cuándo se marchó?

–No vengas, mamá. Volveré esta noche –escucha y añade–: Y deja de llorar.

–Sí, dices que deje de llorar cuando no haces más que degradarnos a todos. La primera vez pensé que él tenía toda la culpa, pero ya no estoy segura, ¿me oyes? Ya no estoy tan segura.

Estas palabras han aumentado tanto la pendiente por la que Janice se deslizaba hacia la náusea que se pregunta si puede seguir sosteniendo el teléfono.

–No vengas, mamá –le ruega–, por favor.

–Comeré un poco y dentro de veinte minutos estaré ahí. Vete a la cama.

Janice cuelga el aparato y mira a su alrededor horrorizada. El apartamento está en horribles condiciones; los cuadernos de colorear y vasos, en el suelo, la cama sin hacer, platos sucios por todas partes. Corre al lugar donde ella y Nelson coloreaban e intenta agacharse, pero cae de rodillas y en ese momento el bebé empieza a llorar. Presa del pánico, con la doble idea de no molestar a Nelson y ocultar la ausencia de Harry, corre a la cuna y cree sufrir una pesadilla al encontrarla embadurnada de excremento anaranjado.

–Maldita, maldita seas –le dice gimiendo a Rebecca, levanta el sucio cuerpecillo y se pregunta adónde va a llevarla. La coloca sobre el sillón y, mordiéndose los labios, quita los imperdibles del pañal–. Ah, estás llena de mierda –murmura, sintiendo que el sonido de su voz mantiene a distancia a la otra persona invisible en la habitación.

Lleva el pañal empapado y sucio al baño, lo deja caer en el lavabo, se arrodilla y, tras unas torpes tentativas, cierra el desagüe de la bañera con el tapón. Abre ambos grifos al máximo, sabiendo por experiencia que así obtendrá una mezcla de agua tibia. Los chorros de agua golpean el suelo de la bañera como puños. Repara en el vaso de whisky aguado que dejó sobre el lavabo y toma un largo trago de líquido rancio. Entonces se pregunta, desconcertada, cómo ponerlo fuera de su alcance. Entretanto, Rebecca llora como si tuviera suficiente conocimiento para saber que está sucia. Janice va hacia ella con el vaso en la mano, lo deja a su lado y, mientras quita a la niña la camiseta y el jersey, lo derriba con la rodilla y vierte el líquido en la alfombra. Lleva las prendas empapadas al televisor y las deja encima, se arrodilla e intenta meter de nuevo los lápices de colores en su caja. Le duele la cabeza de tanto agacharse y levantarse. Lleva los lápices a la mesa de la cocina y tira el *bacon* y la lechuga a la bolsa de papel bajo el fregadero, pero la boca de la bolsa está inclinada y parcialmente cerrada y la lechuga cae detrás, en la oscuridad al fondo del cubo. Con la cabeza latiéndole dolorosamente, se agacha para tratar de verla o cogerla con los dedos, pero no lo consigue. Le escuecen las rodillas de tanto arrodillarse. Abandona el intento y se sorprende a sí misma sentándose en una silla de la cocina y mirando las chillonas y blandas puntas de los lápices de colores que sobresalen de la caja de Crayola. Esconde el whisky. Su cuerpo permanece inmóvil un instante, pero cuando se mueve ve sus manos con las tenues líneas de excremento en las uñas, deja la botella de whisky en un armario más bajo, junto a unas camisas viejas de Harry que guardaba para trapos, él nunca se ponía una camisa remendada, claro que ella tampoco era mañosa para hacer remiendos. Cierra la puerta, pero sólo golpea sin que el pestillo enganche, y en el borde del linóleo al lado de la pila el tapón de corcho de la botella de whisky la mira como un minúsculo sombrero de copa. Lo echa al cubo de la basura. Ahora la cocina está bastante limpia. En la sala de estar, Rebecca está desnuda, tendida en el sillón, con el vientre hinchado y de costado para chillar, sus piernecitas curvas apretadas y enrojecidas. El otro bebé de Janice fue varón y aún le parece poco natural ver entre las piernas de la niña esos dos montículos de grasa en vez de las tres piezas de un niño (cuando el médico circuncidó a Nelson, Harry no estuvo de acuerdo, a él no se lo hicieron y no le parecía natural, ella se rió al verle tan furioso). La cara del bebé enrojece a cada berrido y Janice cierra los ojos y piensa en lo horrible que verdaderamente es que su madre venga y le amargue el día sólo para asegurarse de que ella ha vuelto a perder a Harry. No puede esperar ni un minuto para averiguarlo, y las prendas sucias están encima del televisor. Las lleva al baño, las echa en el lavabo encima del pañal y cierra los grifos. La ondulante línea gris del agua casi llega al borde de la bañera. En la superficie se desplazan rápidas arrugas y por debajo aguarda una masa profunda e incolora. Ojalá pudiera darse un baño. Completamente serena, regresa a la sala. Tiene que inclinarse demasiado para alzar el cuerpecillo del sillón, así que vuelve a arrodillarse, coge a Rebecca en brazos y la lleva al baño, sosteniéndola de costado contra su pecho. Se siente orgullosa de llevar a cabo todo esto, pues por lo menos la niña estará limpia cuando llegue su madre. Se arrodilla con cuidado ante la gran bañera de agua inmóvil, y lo último que espera es que se le empapen las mangas. El agua envuelve sus antebrazos como dos grandes manos. Bajo sus ojos el bebé rosado se hunde como una piedra gris.

Con un sollozo de protesta, hunde las manos para coger a la niña, pero el agua las empuja hacia arriba, las mangas de la bata tienden a flotar y el cuerpo resbaladizo serpentea en la opacidad repentina. Por un instante cree agarrarla, nota un latido de corazón en el pulgar, pero la pierde y la superficie del agua salta con pálidas formas oblongas refractadas cuyo sólido ella no puede asir. Es sólo un instante, pero un instante que se dilata en un tiempo más denso. Entonces recoge a Becky y todo se normaliza. Alza a la criatura y la estrecha contra su pecho empapado. El agua se desprende de ambas y moja las baldosas del baño. El liviano cuerpecillo cae pesadamente contra su cuello y una rápida mirada de alivio al rostro del bebé hace sonar la alarma y produce en Janice una impresión abrumadora. Recuerda vagamente cómo se practica la respiración artificial y sus brazos mojados y fríos aprietan frenética y rítmicamente a la niña. Bajo sus párpados cerrados aparecen grandes plegarias escarlatas, silentes, monótonas, y le parece aferrarse a las rodillas de una vasta tercera persona cuyo nombre, Padre, Padre, se descarga sobre su cabeza como golpes físicos. Aunque su alocado corazón baña de rojo el universo, ninguna chispa enciende el espacio entre sus brazos. A pesar de sus plegarias torrenciales no percibe el menor atisbo de respuesta en la oscuridad contra ella. La sensación de esa tercera persona presente se intensifica de un modo enorme, y sabe, sabe, mientras oye que llaman a la puerta, que lo peor que puede ocurrirle a cualquier madre del mundo le ha ocurrido a ella.

De *Corre, Conejo* (Tusquets). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

casamiento por iglesia

Estas parejas quieren celebrar su casamiento en iglesias con historia. ¿Se anima a resolver el enigma de quién se casa con quién y en dónde sin enredarse con nadie en el intento?

1. Bartolo y Dulcina no se conocen, ni tampoco a la iglesia de Sta. Culpina.
2. A Zoilo no le gustó San Ambrosio.
3. A Felisa le encantó la iglesia de Sta. Dionisia (que no es de 1834).
4. Sinforosa se inclinó por la más moderna.
5. A Serafín le impresionó la construcción de 1811 y Zoilo eligió con su futura mujer la iglesia de 1823. Ninguna de éstas es la de Sta. Herminia.
6. La capilla de San Petronilo es la más antigua de la ciudad.
7. Clodomiro se casó en la iglesia construida en 1834.
8. Dante y Clotilde son una feliz pareja.
9. Ni la iglesia de San Ambrosio ni la de Sta. Herminia son de1834.

Antigüedad: 1794, 1811, 1823, 1834, 1875 — **El:** Bartolo, Clodomiro, Dante, Serafín, Zoilo — **Ella:** Alma, Clotilde, Dulcina, Felisa, Sinforosa

Iglesia: San Ambrosio, Sta. Culpina, Sta. Dionisia, Sta. Herminia, San Petronilo
Ella: Alma, Clotilde, Dulcina, Felisa, Sinforosa
El: Bartolo, Clodomiro, Dante, Serafín, Zoilo

S.O.S.

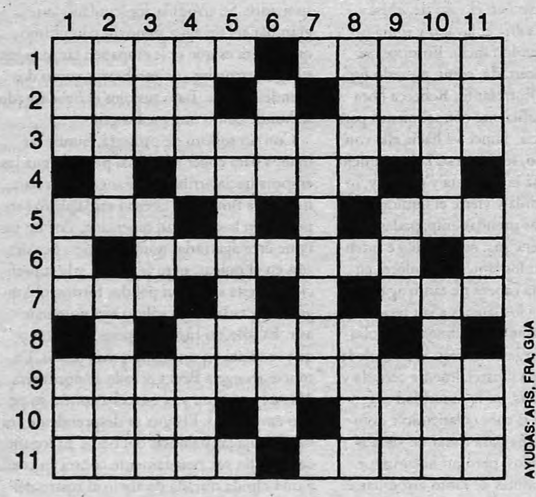
Iglesia ____ Antigüedad ____ El ____ Ella ____

cruci - clip

Anote las palabras siguiendo las flechas

AVALANCHA / SITIO ABUNDANTE EN YESO / DÉCIMA CONSONANTE EN PLURAL / GOLPE QUE SE DA CON EL RAMAL / LENGUAJE PARA COMPUTACIÓN / JUNTAR, UNIFICAR / (EL) EL PASADO / OFICIOS GRANDES / INSCRIPCIÓN EN UN ESCUDO / INDIOS SUDAMERICANOS / FINALIDAD, OBJETIVO / LÍNEA / UTILICEMOS / DESALENTAR / DESECHO, DESPERDICIO / LASTIMA, HIERE / PROYECTILES / FOGATA / MANIFESTARAN CON PALABRAS / HOMENAJEA / MUJER FANTÁSTICA / PARECIDO A LA SEDA / AMARRES, ENVUELVAS / NOMBRE DEL ACTOR MOSTEL / RÍO DE ALEMANIA / ESTADO ASIÁTICO / DICHO O HECHO EXTRAVAGANTE / AFERRAR CON LA MANO / NOMBRE OFICIAL DE IRLANDA / TRANSPORTAR / ROTURAN LA TIERRA CON EL ARADO / BURRO

crucigrama



HORIZONTALES

1. Diosa griega./ Penetra.
2. Instrumento que sirve para devanar hilo./ Gran lago de EE.UU. y Canadá.
3. Te expresarías con sarcasmo.
4. Piedra preciosa tornasolada.
5. Abreviatura de "información"./ Consonante.
6. Reanudar.
7. Nombre de varias algas filamentosas./ Prefijo de varias voces americanas.
8. Moldeo con las manos.
9. De forma de caracol.
10. (Reynols) Actor yanqui./ Elath, ciudad de Israel.
11. Unir con aguja e hilo./ Gorra de lana redonda y chata.

VERTICALES

1. En ese lugar./ Muy distraído./ Las primeras tres letras.
2. Ciudad de Italia./ Vacío, hueco.
3. Pronombre demostrativo neutro./ (... Angélico) Pintor italiano./ (Magna) Obra principal de Raimundo Lulio.
4. Noveno./ Destreza, oficio.
5. Ciudad de Brasil en el estado de Minas Gerais.
6. Eleva./ Aquí.
7. Que comete alevosía.
8. (Franco) Actor y director del cine italiano./ Aceite líquido graso.
9. Prefijo: tres./ Ergio, en la nomenclatura internacional./ Yerno de Mahoma.
10. Sonriáis./ Maquinen, preparen.
11. Vocal en plural./ Nombre de mujer./ Desinencia aumentativa.

soluciones

casamiento por iglesia

San Ambrosio, 1811, Serafín, Dulcina.
Sta. Culpina, 1834, Clodomiro, Alma.
Sta. Dionisia, 1823, Zoilo, Felisa.
Sta. Herminia, 1875, Bartolo, Sinforosa.
San Petronilo, 1794, Dante, Clotilde.

cruci - clip

crucigrama

